

El Presidente,

15-SEPT-82

Nacionalizado

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Fue él mismo, a mediados de marzo, quien dijo en Cancún ante los comerciantes, que un Presidente que devalúa, se devalúa. Ya se sabe que el riesgo principal de la autocrítica es que provoca entusiasmas adhesiones. Por lo tanto, empezamos a creer que, en efecto, el Presidente se había devaluado. Y por un extraño mecanismo de mimesis, en una gran porción de la población fue generalizándose el sentimiento de que todos lo estábamos, en alguna medida. Y la sensación crecía conforme pasaban las semanas y no sólo no tocábamos fondo en la crisis, sino que, una tras otra, las medidas oficiales iban arrastrándonos más hacia honduras que parecían abismales. Era preciso un gran esfuerzo de racionalidad

para encontrar luces que permitieran un mínimo optimismo, una así fuera vaga percepción de que estas amargas condiciones no serían siempre tan agobiantes como hoy.

De súbito, el presidente López Portillo resolvió que los grandes males requieren grandes remedios, y echando mano de la reserva moral en que tan rica es la nación mexicana, decidió volver a la ofensiva, y hacer del Gobierno no ya la víctima inerte de circunstancias, impunes, sino un factor capaz de modelarlas. Y lo hizo. Y el primero de septiembre echó mano de la Constitución, estableció el control de cambios generalizado y nacionalizó la Banca.

Al hacerlo, consiguió según ha podido sentirse en el ambiente, una inmediata transformación del clima de dejadez, de pesimismo y de frustración. Socorro Valadés, una singularmente inteligente mujer, secretaria en la subdirección de unomásuno, lo expresó nítidamente: "Antes me sentía como devaluada; ahora me siento como una nueva mujer". Frases de ese género encontraría uno por doquier. Aunque como veremos en seguida no es universal el asentimiento por la nacionalización, es en cambio más amplio el consenso sobre la certidumbre que el Presidente devolvió a la Nación cuando tomó de nuevo con mano firme la conducción de los asuntos nacionales.

Hay quienes se oponen a la medida, por sus posibles motivaciones; por el entorpecimiento de las actividades económicas que según otros pueden entrañar o por sus significaciones ideológicas, pues no ha faltado documento empresarial que asegure que estamos entrando con ello al socialismo.

Las motivaciones del presidente López Portillo pudieron ser, si se quiere, hasta mezquinas. Ello quedaría nublado por el solo carácter y la dimensión de las medidas anunciadas hace una semana. Aun si se admitiera que sólo buscó salvar su propia imagen, muy deteriorada en los últimos meses, o que en realidad halle un chivo expiatorio para hacer caer sobre él las culpas de su deficiente gestión gubernamental, lo cierto es que sus decisiones correspondían con exigencias planteadas de mucho tiempo atrás por quienes no quieren ver que la Nación perece en beneficio de sus explotadores. La nacionalización de la Banca no fue una medida inventada, una carta que el jugador desesperado se saca de la manga. Estaba dictada por la historia nacional. López Portillo no hizo más que reconocer que no podía ir más adelante sin adoptar la determinación. A su ideología conciliadora lo vencieron las circunstancias.

La eficacia práctica de la nacionalización ha sido puesta también en duda. Es preciso reconocer, en primer lugar, que se trata de un proceso y no de una sola resolución. El primer paso está dado, pero es necesario que lo sigan otros muchos. Como es natural, en un fenómeno

de la magnitud de éste, seguramente se provocarán tropiezos, algunos de orden puramente mecánico y otros nacidos de circunstancias políticas y sociales. En este último capítulo, podría darse la paradoja, por ejemplo, de que combatieran en los hechos la nueva situación miembros de un sector que se beneficiará con ella, que son los empleados bancarios mismos.

Estos, como se sabe y lo recordó el presidente López Portillo, no tenían derecho a la agrupación sindical. Estaban al margen del derecho del trabajo, en una insoportable mutilación de sus prerrogativas como ciudadanos. Varios intentos, sobre todo en la década anterior, por romper ese injusto estatuto, y por organizar un sindicato bancario, se frustraron por la común oposición del Gobierno y los banqueros. Ahora que se ha roto la comunión entre el Gobierno y la Banca, los empleados podrán disfrutar de sus derechos a plenitud. Subsiste, sin embargo, el riesgo de que la ideologización insistente y eficaz que practicaron con sus trabajadores los dueños de la Banca, los haya permeado de tal modo que se muestren renuentes, por miedo a la libertad y a la responsabilidad que ello entraña, a dejar la minoría de edad en que se les tuvo y entrar en la edad adulta de quien puede disponer de su vida como mejor le plazca y convenga.

El sistema de reclutamiento y adiestramiento impuesto por los banqueros ilustra de manera muy fehaciente la idea de la sociedad que acompañaba sus actividades económicas. Los mecanismos autoritarios, paternalistas, inclinados al eficientismo y a la emulación simplemente material y consumista, pueden haber causado estragos en la conciencia de clase de la mayor parte de los empleados de la Banca, al punto de que los haga ser cómplices de sus antiguos explotadores en el afán de que no prospere una de las iniciativas de mayor trascendencia histórica emprendidas por gobierno mexicano alguno.

Si se logra superar, como es esperable, el bache del comienzo, la operación de la banca nacionalizada tendrá beneficios altos para la población entera. A pesar de que nadie suponga que contamos con el mejor Gobierno posible, es clara la diferencia que puede darse entre una Banca orientada exclusivamente a la obtención de ganancias y otra que sin perder el sentido de la rentabilidad, imprescindible en una economía de mercado, no lo reduzca todo a la noción de réditos. Por lo tanto, la política económica del Gobierno gana un instrumento que puede ser de gran utilidad, pues de modo directo podrá canalizar recursos a renglones productivos necesarios y desalentar mediante ese mismo procedimiento, la fabricación o comercialización de bienes superfluos.

Contrariamente a lo que quieren hacer creer los afectados directos, la nacionalización acarreará beneficios a la industria y el comercio. En los últimos meses, las muy elevadas tasas de interés ahogaban todo impulso emprendedor, y atizaban la espiral inflacionaria. No caerán de nivel súbitamente, pero con el control de cambios generalizado desaparece su razón de ser, que era evitar mediante ese poderoso impulso la salida de todos los capitales, y el mercado del dinero volverá a una cierta normalidad, la posible en un mundo económico convulso.

Muchos cabos quedaron sueltos, como es natural al adoptarse una medida de la dimensión de ésta. El Citibank, que ya gozaba el extraño privilegio de ser el único banco extranjero en un medio donde formalmente la intermediación financiera sólo podía ser realizada por instituciones mexicanas, quedó a salvo de la expropiación, para no añadir un nuevo factor de controversia a las determinaciones. Quizá la compra de sus activos sea el mecanismo adecuado para que se integre al sistema general, como también habrá de ocurrir con los bancos de propiedad mixta, y eventualmente hasta con el Banco Obrero.

Pero esas son minucias, en todo caso trámites de operación. Lo importante es que una grave, necesaria decisión de interés nacional fue tomada por el Presidente, que para usar su propia expresión y parafraseándola, al nacionalizar se ha nacionalizado, es decir integrado entrañablemente a la Nación.